

100 ANOS DE fútbol

1950: MARACANA



NILO J. SUBURU

18

100 AÑOS DE fútbol

HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 2 de Abril de 1970.

DIRECTOR

Franklin Morales

ASESOR DE LA DIRECCIÓN

Eduardo Gutiérrez Cortinas

AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN

Rafael Bayce

DIAGRAMADO

Horacio Añón

EDITOR

Julio Bayce

Editores Reunidos

Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo. Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL

Arca S. R. L.

Colonia 1263 Tel. 8.32.00

DISTRIBUCIÓN INTERIOR,
QUIOSCOS Y CANILLITAS

Distribuidora Uruguaya

de Diarios y Revistas

Ciudadela 1424 Tel. 8.51.55

PUBLICIDAD

Vértice

Solis 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S. A.
Gaboto N° 1525 — Teléfono 4.90.48

Hecho el depósito de ley. — Amparado en el
Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)

Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE
LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

18



Aquella tarde del 16 de julio de 1950, los jugadores uruguayanos ratificaron que —vistiendo la camiseta celeste— pueden reclamar ser dueños de un "destino manifiesto": el de vencer allí donde parece imposible. Desde entonces, nadie en el mundo puede enfrentar sin respeto a los herederos de tanta gloria.

CARATULA: el gol del triunfo, convertido por Alcides Ghiggia.

1950: MARACANA

NILO J. SUBURU



El comienzo del imprevisible camino. Uruguay irrumpió a la cancha del club "Sete Setembro" a las tres y veinte de la tarde del 2 de junio de 1950, con Oscar Omar Míguez a la cabeza, seguido por Julio Pérez, Ernesto Vidal, Juan Carlos González y Juan Alberto Schiaffino. Un desolado escenario esperaba el debut celeste: los fuegos artificiales se reservaban para otros equipos. La modestia ha sido y es parte del milagroso caudal de recursos con que el fútbol nuestro ha asombrado al mundo.

EL VENCEDOR DE LUXEMBURGO

Cuando, en París, venciendo a Hungría por cuatro a dos, el calcio italiano de Vittorio Pozzo reiteraba —en fecha 19 de junio de 1938— el título logrado en su propia tierra cuatro años atrás, ciertamente hubiera sido difícil imaginar que las circunstancias históricas sobrevinientes iban a determinar que la Copa del Mundo permaneciera durante doce años en manos del conquistador peninsular. El próximo torneo debía disputarse en 1942 y en el Congreso de la F.I.F.A., celebrado en la propia capital francesa mientras transcurría la competencia, tres naciones hicieron conocer sus deseos de ser sede del siguiente Campeonato Mundial: Alemania, Brasil y Argentina.

Ante el equilibrio de los argumentos esgrimidos por los candidatos, los congresales decidieron postergar la resolución en la esperanza de que el tiempo —que todo lo arregla— arreglara esta vez las abismales diferencias entre Alemania, Brasil y Argen-

tina. Se acordó que el pleito se dilucidaría en el Congreso de Luxemburgo, a celebrarse en el decorso del año 1940.

Fue entonces que, ante el advenimiento de hechos dramáticos para la humanidad —el 2 de setiembre de 1939 se produjo el anuncio de que la guerra había comenzado— no podía haber y no hubo Congreso de Luxemburgo. Las voces de los cañones al apagar las voces deportivas, postergaron también la fijación de la controvertida sede. Mientras el planeta entero era sacudido por la locura, el extravío y la matanza, la Copa del Mundo permaneció bajo jurisdicción de la "Federazione Italiana del Gioco de Calcio", deportivamente amparada.

El 1º de julio de 1946, cuando todavía no se habían secado las lágrimas, tuvo lugar la reunión universal del fútbol, la primera después del cese de las hostilidades. Se produjo en Luxemburgo, es decir, en la misma ciudad en que había sido prevista. Al producirse el reencuentro de los delegados, mu-

chas cosas habían cambiado. Por lo pronto, Alemania, que había perdido la guerra, no estaba en condiciones de seguir postulándose como sede. La Confederación Sudamericana de Fútbol, por su parte, había hecho saber al Comité Ejecutivo de la F.I.F.A. que proponía al Congreso se encendiese a la Confederación Brasileña de Deportes la organización del próximo torneo futbolístico. Había existido acuerdo entre Argentina y Brasil, allanándose la primera a los propósitos y a los planes del hermano mayor del continente.

Logrado este eslabón inicial, Brasil quedaba clasificado de oficio y habilitado para encarar con optimismo el porvenir, lanzándose airosoamente a la conquista de la meta suprema.

UNA COPA QUE NO ES COPA

Vencedor del Congreso de Luxemburgo y convertido oficialmente en sede de la Cuarta Copa del Mundo —en portugués Cuarta Taça do



El equipo ante Bolivia. Obdulio, Juan López, director técnico, Tejera, J. C. González, M. González, Máspoli, Rodríguez Andrade, Ghiggia, Julio Pérez, Míguez, Schiaffino y Vidal.

Mundo—Brasil debió enfrentar, poco tiempo después, otro obstáculo que amenazó echar por tierra todo lo que había alcanzado.

Bien se sabe que un torneo futbolístico puede ser desarrollado en forma de *Copa* o en forma de Campeonato. No es una diferencia de palabras. La competición recibe el nombre de *Copa* cuando la derrota de un equipo trae aparejada su eliminación. Se denomina Campeonato, en cambio, cuando se establece que deben jugar todos contra todos, considerándose vencedor al conjunto que obtenga, finalmente, mayor cantidad de puntos. El proyecto de reglamento preparado por la Confederación Brasileña difiere, en aspectos sustanciales, del que había elaborado la Comisión Organizadora de la IV *Copa*. Esta quería, precisamente, que la *Copa* del Mundo siguiera siendo *Copa*. Contrariamente, Brasil reclamaba su transformación en una mezcla de *Copa* y Campeonato. Fundamentalmente hacia hincapié en que la rueda última, a disputarse entre los vencedores de los cuatro grupos iniciales, se dilucidara mediante puntaje, jugando todos contra todos.

En la primera reunión celebrada por la Comisión Organizadora, en París, el 18 de enero de 1947, no se tomó decisión. No se pudo tomar porque las opiniones estaban radicalmente divididas.

Cinco meses después —el 19 de junio del mismo año— el Presidente de la F.I.F.A., Jules Rimet, recibió la visita del brasileño Sotero Cosme, quien le comunicó, en nombre de la C.B.D., que ésta no podría organizar la *Copa* si la *Copa* no se convertía en Campeonato. Citada urgentemente, la Comisión Organizadora resolvió que el espinoso asunto fuera incluido en el orden del día del próximo Congreso.

Fue en Londres —1948— que, aprovechando la simultaneidad de los Juegos Olímpicos, tuvo lugar la esperada convocatoria del Congreso de la F.I.F.A. Llegados al punto neurálgico, el delegado Sotero Cosme dio a conocer las razones de la posición brasileña. Eran muchas veces millonarios los gastos a cubrir, superando todo lo que hasta entonces se había visto y conocido en esta clase de presupuestos. Únicamente el transporte por avión de varias delegaciones, especialmente

La pelota irá a manos del arquero Gutiérrez, lejos del cimbriante andar de Julio Pérez, autor del séptimo tanto, celeste.

EL PEDIDO DE ENRIQUE CASTRO

Enrique Castro fue uno de los constructores de la victoria de Maracaná. Aunque era futbolista —un poco eclipsado por la fama de sus hermanos Braulio y Luis Ernesto— su gravedad, casi desconocida, se tejió fuera de la cancha, como presidente de la Mutual de jugadores. El fútbol nuestro salía lentamente del largo desgarriamiento de la huelga de futbolistas de 1948; aún ardían pasiones por la actitud de este o aquel jugador. Enrique Castro trató por todos los medios de cohesionar al grupo designado para representar al país. Pero aún quedaban fisuras y un rato antes de partir, en el Aeropuerto de Carrasco, apartó a Obdulio Varela y le habló directamente de la necesidad de superar un último escollo en la relación personal. “Te pido que reúnas a todos en una pieza y que de ahí no salga nadie sin haberse dado la mano.” Obdulio movió la cabeza a los costados, pensando de un lado la solicitud de Enrique para evitar un posible resquebrajamiento del núcleo humano, y por otro lo que aquel pedido representaba para él, columna de la huelga. Pero lo hizo. Reunió a los jugadores y no salieron sin haberse estrechado la mano. El objetivo era demasiado grande. Que la historia juzgue a Enrique Castro, presidente de la Mutual, y a Obdulio Jacinto Varela, caudillo de la aventura.





Miguez, autor de dos de los ocho goles, el zaguero Acha, el juez Reader y Schiaffino. Ya estábamos entre los semifinalistas: en San Pablo, al sur, nos esperaban España y Suecia.

las del Viejo Continente, llegaba a cifras alarmantes. Por otra parte la C.B.D. pensaba distribuir beneficios y porcentajes entre las federaciones participantes, atendiendo a sus respectivas clasificaciones. En definitiva, la única manera de financiar costos tan abrumadores era aumentando las recaudaciones y, para aumentarlas, no había otra salida que aumentar el número de partidos. Es decir, jugar todos contra todos —Campeonato— dejando de lado la fórmula de los encuentros eliminatorios —Copa—.

Por último, el Congreso de Londres aprobó una fórmula que, en todos sus términos contemplaba las pretensiones de Brasil.

Fue su segundo triunfo. Brasil pudo entrar de lleno a la organización del torneo con la doble tranquilidad de saber que no habría déficit y que una eventual caída de su seleccionado en la fase clasificatoria no determinaría su eliminación automática. En puridad, más que lograr un triunfo Brasil dio, calzando botas de siete leguas, un salto inmenso que le permitió acceder a una zona de máxima seguridad.

LA BATALLA CONTRA EL TIEMPO

En realidad Brasil disponía de estadios suficientes para dar cabida a los contingentes humanos que movilizaría la Cuarta Taça. Los de Río, San Pablo, Bello Horizonte, Porto Alegre, Curitiba y Recife hubieran alcanzado, ampliándolos con adecuadas refacciones arquitectónicas y utilizándolos alternadamente, en una programación racional de los partidos, para satisfacer la avidez futbolística de los "torcedores". Pero los hombres que habían tomado entre sus manos la tarea de dar forma y realidad al gran aconteci-

miento, quisieron que un formidable coliseo fuera erigido. Un coliseo a la medida de la fiesta universal, digno de Brasil, digno de la Copa de Oro y digno, sobre todo, del fútbol, que es el deporte-rey.

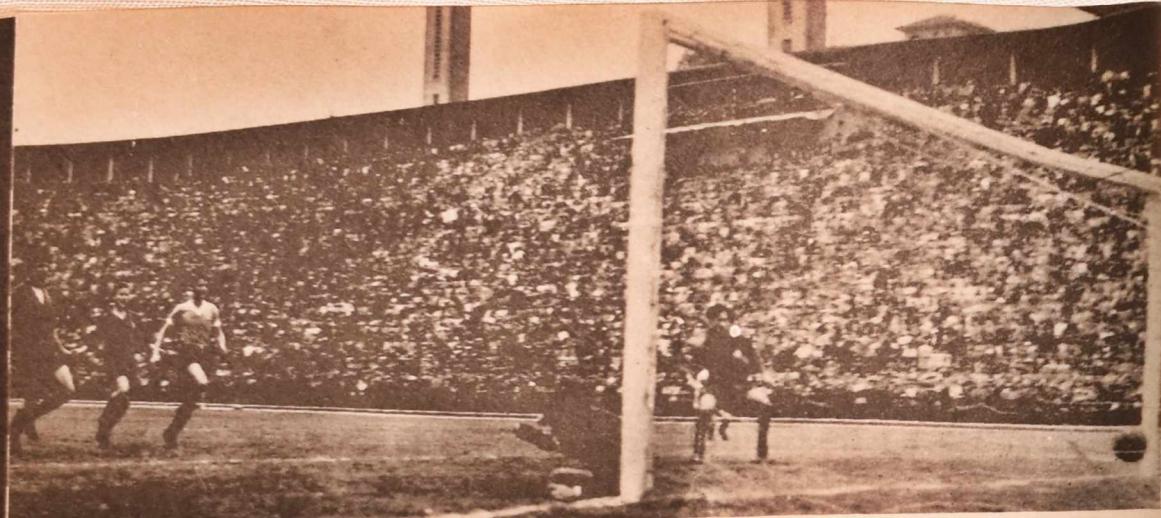
Dominados por ese sentimiento de grandeza sin vanidades, naturalmente no podían considerarse cumplidos proyectando un estadio más. Proyectaron el más grande del mundo, con capacidad, comodidades y garantías como no existía otro sobre la faz de la tierra.

Una idea tan ambiciosa no podía concretarse de la noche a la mañana. Fue, entonces, ante sus dimen-

siones fuera de lo común que se levantó un impasible e inquietante enemigo, amenazando de muerte la empresa soñada. Ese enemigo fue el tiempo, las horas que transcurrían silenciosas, inexorables. Era muy breve el lapso de que se disponía para erigir ese imponente templo. Sin embargo, ya nada ni nadie podía detener a los audaces y, el 2 de agosto de 1948, cuando el primer "bulldozer" hundió su trompa en la tierra y, arrojándola por el aire, comenzó a nivelar el terreno, ya no quedaron dudas de que se llegaría a feliz término. Por noches y días, relevándose permanentemen-

Obdulio Jacinto Varela intercambia banderines con el capitán español Gainza, en Pacaembú.





Llovía en San Pablo la tarde del 9 de julio. A los 29' de iniciado el partido, Alcides Ghiggia conseguía el primer tanto. La pelota se cuela por debajo del cuerpo de Ramallets. A los 38' y 40' Bassora desequilibraría el tanteador en favor de "la furia" española. El gran Obdulio empataría a los 28' del segundo tiempo. Entretanto en Río, Brasil sometía a Suecia por 7 goles a 1.

te, trabajaron mil quinientos obreros, turnándose en equipos de perfecta organización.

Para el 24 de junio de 1950, día del partido inaugural, la obra estaba terminada en sus aspectos esenciales e imprescindibles: el rectángulo de juego y los arcos de cemento que acogieran a los aficionados.

trcnador Flavio Costa. El golero Carbajal debió soportar cuatro caídas, dos provocadas por Ademir y otras tantas por Jair y Baltazar.

Vencedor en Río, el equipo debió alejarse de la capital para atender su segundo compromiso en Pa- caembú, el ruedo futbolístico de San Pablo. Suiza era el adversario

de turno. Para muchos —seguramente para todos— Suiza era la víctima de turno. Pero los helélicos, sorprendiendo al mundo, alertando a los brasileños y acaso asombrándose de sí mismos, igualaron a dos goles. Fatton, el puntero izquierdo del conjunto europeo, fue el autor del empate cuan-

Alcides Edgardo Ghiggia convirtió goles en todos los partidos y definió el campeonato. Aquí está en plena carrera, "descolgándose" del aire, dejando atrás al marcador Puchades.



LA HORA Y MEDIA DE LA VERDAD

Había encontrado Brasil, oponiéndose a su impulso, obstáculos que constituyeron verdaderas pruebas de fuego y que, al haberlos superado, habían permitido dejar en evidencia su inquebrantable voluntad de anclar en el puerto previsto. Sin embargo, esos triunfos, los obtenidos en los congresos y la batalla que le había ganado al tiempo, con ser muy importantes, no eran los que específicamente interesaban a gobernantes, dirigentes, jugadores y a todo el pueblo deportivo. Esos fueron combates preparatorios, conquistas que apenas permitieron levantar el andamiaje básico para estar en condiciones de acceder a la meta obsesiva, esto es, al reinado y a la corona mundiales simbolizados por la estatuilla de oro.

Llegada, pues, la hora de la verdad que no es otra que la hora y media de fútbol de once contra once, se alzaron ante la formación brasileña, ansiosos de arrebatarle el derecho de concurrir a la ronda final, un enemigo americano, México; y dos europeos, Suiza y Yugoslavia. Vanamente lucharon los hombres aztecas, porque ni la clase de algunos de sus jugadores, ni el temperamento de todos —una bravura de legendarios orígenes— pudieron contener el empuje inicial de la máquina montada por el en-



La formación ante España, cambiada respecto al primer partido. Obdulio, Juan López, J. C. González, Tejera, M. González, Máspoli, Rodríguez Andrade, Ghiggia, Julio Pérez, Miguez, Schiaffino y Vidal.

do faltaban cinco minutos para el cierre reglamentario.

La sombría tarde de Pacaembú creó un clima incierto y dramático en filas brasileñas. El último rival del grupo era Yugoslavia y los eslavos habían dejado atrás, holgadamente, a los mexicanos y a estos suizos irreverentes que Ademir y sus mosqueteros no habían podido reducir. Por otra parte Brasil, con un punto menos, tenía la imperiosa necesidad de ganar. Un empate clásificaria a Yugoslavia.

Y Brasil fue hacia y contra Yugoslavia armado de razonables precauciones tácticas, pero también con resuelto ánimo de vencedor. Era una carta decisiva y había que jugarla con fe y sin vacilaciones.

Como nunca estuvo presente en todos los espíritus el contenido mesiánico del discurso que oportunamente pronunciara el Prefecto del Distrito Federal, Angelo Mendes de Morais. La proclama, dicha con voz grave y patético acento, había sido dirigida a los jugadores. En su esencia, decía así: "La primera obligación era levantar el estadio. Aquí lo tenéis. Yo he cumplido. La segunda obligación es obtener el título para Brasil. Ahora os corresponde cumplir a vosotros".

El llamado de atención formulado oportunamente por los suizos, la amenaza de una Yugoslavia inspirada y ganadora, más la fuerza intrínseca emanada de la arenga de "o Prefeito" poniendo en manos

de los futbolistas —en sus pies, para decirlo correctamente— la más grande responsabilidad, determinaron que éstos, realizándose plenamente así en lo individual como en lo colectivo, derrotaran a la oncena de los yugos por dos a cero, luego de una brillante demostración de fútbol artístico y práctico a la vez.

De esta forma quedó Brasil encabezando la llave que había integrado, entrando a la ronda decisiva por la puerta grande, gallardamente y con ritmo marginado de clarines. Este nuevo paso victorioso lo acercó a la cúspide mucho más de lo que lo habían acercado los pasos anteriores. El gigante comenzaba a mover su mano derecha para recoger el oro que resplandecía en lo alto.

EN LOS SUBURBIOS DE LA GLORIA

La programación determinó que Brasil debía enfrentarse a los restantes clasificados de acuerdo al siguiente orden: primero, Suecia; segundo, España y, por último, Uruguay. Estos tres, a su vez, jugarían entre sí en la ciudad de San Pablo, en tanto Brasil no saldría de Río. (Después de la tarde de Pacaembú, las autoridades cebedenses habían entendido y resuelto que era el estadio carioca su hogar más seguro).

La ronda empezó a andar y algunas dudas que habían quedado respecto de la auténtica capacidad del conjunto capitaneado por Augusto, particularmente en algunos lapsos de sus partidos dentro de la serie clasificatoria, se disiparon luego de su enfrentamiento con los suecos. Siete goles contra uno de los visitantes señalaba el "placard" al completarse el minuto noventa. Cinco de las siete heridas habían sido provocadas por el agudo estilete del fino Ademir. Las cifras fueron abru-

Finalizó el partido con España y Obdulio se retira hacia el vestuario retribuyendo los pocos aplausos de la pequeña colonia uruguaya instalada en Pacaembú, todavía sacudida por ese taponazo del empate. Cuando hizo el gol





Cuatro días después ante Suecia. De izquierda a derecha, Kirchberg y Abate, masajistas, Paz, un delegado, Juan López, Matías, Schiaffino, Obdulio, "Matucho" Figoli, Gambetta, Julio Pérez, Míguez, Rodríguez Andrade, el preparador físico Romeo Vázquez, Ghiggia y Vidal. Tejera está oculto por la bandera uruguaya, pronta para ser izada.

madoras, pero más importante que los números fue la exuberancia artística, de tonalidades funambulísticas por la soltura y facilidad con que los futbolistas locales aplastaron a los rubios de Escandinavia, únicamente pródigos en lo físico-atlético.

No obstante esta victoria de perfiles espectaculares, que a los vencedores dio confianza en sus propias fuerzas y generó optimismos de sólidos fundamentos, en la víspera del partido siguiente, que era contra España, se advirtieron en ellos hondas inquietudes y graves cavilaciones. Se sabía que España era España y, sobre todo, se sabía de su temible "furia", virtud temperamental de los jugadores hispanos con la que muchas veces, en partidos históricos, habían logrado inclinar a su favor situaciones inicialmente adversas. En los espíritus más frágiles el temor había calado hondo. El rotativo "Folha Carioca", exageradamente alarmado y

patrióticamente previsor, trató de alertar a los jueces para que no se dejaran engañar por los españoles. Dos días antes estampó en su primera página, con titulares visibles a media y larga distancia: "Hay que ablandar a la furia!", sugería uno de ellos. "La furia acostumbra usar de la violencia y fue así como jugaron contra Chile, Inglaterra y, hace poco, contra Estados Unidos", decía otro, algo menos radical y bastante más analítico. Y, por último, un tercero, directamente al árbitro: "Gran responsabilidad pesa sobre el juez del partido".

Es indudable que eran desproporcionadas —tanto como el tamaño de las letras— las dudas y aprensiones manifestadas por éste y otros órganos de prensa inscritos en la misma línea alarmista. De todas maneras y al margen de la intención subyacente, orientada a crear clima, que pudieran tener esos cabezales y artículos periodísticos,

Ernesto Vidal no puede impedir que Andersson aleje desde la esquina del área: la marcación sueca pesaba.



también era verdad que podía esperarse de España una lucha de igual a igual, por más que Brasil hubiera funcionado como una aplaudida contra Suecia. España estaba integrada por jugadores de verdadera categoría internacional y no era un falso tropicalismo imaginativo atribuirle a esos hombres fibra, nervio y sangre torera.

Nada pudieron ni la "furia" ni la clase de los peninsulares ante un Brasil definitivamente reencontrado con su fútbol y verticalmente lanzado hacia lo alto. Seis balones en las redes de Ramallets y sólo uno en las de Barboza, con holgura ubicaron a Brasil en los umbrales de la Victoria Alada esculpida en la Copa de Oro.

EN TANTO URUGUAY...

En relación a la IV Copa del Mundo las renuncias fueron moneda corriente. Desde las Eliminatorias hasta el momento mismo del comienzo en suelo brasileño, se registraron —en diferentes etapas y por distintos motivos— numerosas e importantes deserciones. Naciones como Escocia, Francia, Bélgica, Portugal, Austria, Turquía, Ecuador, Perú, Argentina, Birmania, Filipinas e India fueron sucesivamente auto-eliminándose, algunas con derechos ya definitivamente adquiridos.

Las series previas de clasificación habían sido sorteadas e integradas plenamente —cuatro equipos por serie— y con la debida antelación; pero, llegada la hora del puntapié inicial, Uruguay se encontró, por virtud de tantos desistimientos, con la grata sorpresa de que el único obstáculo para su arribo al ronda final era el fútbol de los bolivianos.

No obstante tener los uruguayanos sana conciencia de su superioridad

ante los jugadores del Altiplano, no por ello olvidaron que el fútbol es el deporte más expuesto a las sorpresas y llegaron al campo con optimismo, pero dispuestos a dar todo lo que estaban en condiciones de dar. Era ésta la mejor manera de respetar al adversario, de respetarse a sí mismos y de retribuirle a la fortuna su amable complacencia.

En efecto, Bolivia no fue adversario en ningún instante. Bastaron quince minutos para que los celestes se adueñaran del ritmo, de la situación y hasta de la pelota. No hubo apurones ni urgencias para sus hombres de retaguardia y, movilizándose cómodamente en el ataque, Ghiggia, J. Pérez, Míguez, Schiaffino y Vidal no otorgaron treguas a la defensa boliviana ni reposo a las redes de la portería custodiada por Gutiérrez. Los goles se fueron sucediendo con frecuencia basquetbolística. Cuatro en el primer tiempo y, en el complementario, faltando ocho minutos, Uruguay ganaba por 7-0. Tan amplio era el dominio, que, advirtiendo que Ghiggia era el único delantero que no había convertido, los demás se propusieron un objetivo —goles por los cinco atacantes— y también ese capricho pudo ser alcanzado: a los 87 minutos el puntero derecho marcó el octavo gol oriental.

Así, con cuatro tantos en el primer tiempo y cuatro en el segundo —cifras curiosamente simétricas— Uruguay impuso su clara hegemonía sobre aquel rival sin historia. Uno de los tantos periodistas presentes, refiriéndose a la fácil victoria dijo que "Uruguay podía haber marcado una docena... en el entrenamiento oficial más tranquilo que jamás haya realizado equipo alguno".



A los 5' Suecia tenía un gol a favor pero el infalible Ghiggia empató a los 39' con potente tiro alto que acá toca la red ante la estirada inútil del arquero Svensson.

De esta forma accedió el conjunto uruguayo a la ronda definitoria. Tuvo que superar una dificultad mínima. Tan mínima que, más que una dificultad, fue una facilidad. Un destino protector lo quiso así. De todas maneras, Uruguay, desde el comienzo, se comportó a la altura de ese destino.

DETALLES

Localidad: Belo Horizonte.

Fecha: 2 de junio 1950.

Árbitro: Mr. Reader.

Uruguay (8). — Máspoli, Matías González, Tejera, J. C. González, O. Varela, Rodríguez Andrade, Ghiggia, J. Pérez, Míguez, Schiaffino y Vidal.

Bolivia (0). — Gutiérrez, Acha, Bustamante, Greco, Valencia, Ferrel, Algañaraz, Ugarte, Caparelli, Gutiérrez II y Maldonado.

Goles: Primer tiempo: Míguez (2), Vidal y Schiaffino.

Segundo tiempo: Míguez, Schiaffino, J. Pérez y Ghiggia.

ESPAÑA GANABA, PERO ALLÍ ESTABA OBDULIO

Bien sabían los españoles que los uruguayos, sus primeros adversarios de la última fase, eran adversarios temibles, pertrechados de gran voluntad combativa y de alto linaje futbolístico. Acaso fue por ello que, como curándose en salud, desde muy

Llegó el gran día. Después de posar en la forma clásica, Uruguay se alinea frente al palco para la ejecución de los himnos. De izquierda a derecha Máspoli, Obdulio, Juan López, Matías, Schiaffino, Tejera, Rodríguez Andrade, Morán, Julio Pérez, Gambetta, Ghiggia y Míguez.



temprano lamentaran la ausencia del vasco Panizo, genial constructor de juego, y que no podría participar por lesión en una rodilla. Periodistas y técnicos adelantaron públicamente, que se trataba de una deserción fundamental.

Bien sabían los uruguayos, por su parte, que los españoles, que llegaban prestigiosos por tres victorias significativas —sobre Chile, EE. UU. e Inglaterra—, con Panizo o sin él, constituyan un hueso duro de roer. Tenían sus jugadores recursos técnicos de subidos quilates y a ello agregaban un temperamento generoso y sólido, la famosa “furia española”, equivalente psicológico de la “garra charrúa”.

Si los uruguayos tenían la ventaja de llegar descansados —únicamente habían jugado contra Bolivia— a manera de compensación los futbolistas del Viejo Mundo disfrutaron del apoyo entusiasta de los “torcedores” instalados en Pacaembú. Se trataba de gran cantidad de españoles residentes en Brasil.

Tal como el análisis previo y la lógica lo permitían anticipar, desde el comienzo las acciones fueron equilibradas e intensas. Pero dentro de este panorama sin desniveles notorios, se advertía una mayor peligrosidad del equipo dirigido por Benito Díaz. El interior izquierdo Molowny,

jugando en punta de lanza, quedaba siempre suelto, a espaldas de Obdulio Varela que, según las características de nuestros centromedios, se movilizaba muy adelantado. Sin embargo, le correspondió a Uruguay abrir la cuenta, obra de Alcides E. Ghiggia, en uno de sus desbordes vertiginosos y espectaculares.

Esta conquista no cambió la fisonomía general del encuentro. Por el contrario, reaccionaron los españoles y se largaron, con más decisión y mejor fútbol, a la búsqueda del empate. Lo encontraron a los treinta y siete minutos, por intermedio del extremo derecho Bassora. Lograda esa meta, de inmediato arreció más fuerte el huracán español y faltando cuatro minutos para la pitada, el mismo Bassora marcó el segundo. Dos a uno —España ganando— terminó el periodo inicial.

Los muchachos orientales sabían lo que estaba en juego y cuando reingresaron lo hicieron dispuestos a no permitir que los peninsulares se alzaran con la victoria. Fue corregida la posición de Obdulio y ya Molowny no pudo desenvolverse con la libertad que lo había hecho inicialmente. Este ajuste táctico, más el empuje que los pupilos de Juan López le imprimieron al juego determinaron un intenso dominio territorial y futbolístico a su favor.

A medida que corrían los minutos aumentaba la presión de los celestes sobre las últimas posiciones granates. Quedó sitiada por los sudamericanos la ciudadela europea, pero allí se levantó, magistralmente, la figura del goleador Ramallets, para impedir a veces con intervenciones de corte milagroso, que la pelota tomara contacto con la red. Hubo momentos en que esa infranqueable muralla humana, sólo ella, hizo bajar los brazos, en expresión de desánimo, a quienes futbolísticamente habían hecho todo lo que era necesario hacer para abatir el bastión hispánico. Ramallets decía “no” y de nuevo a empezar...

Llegando a los treinta minutos, se hizo del balón Obdulio Varela, avanzó cuanto pudo y antes, mucho antes de pisar el área, lo golpeó con fuerza y resolución visionarias. El proyectil de cuero, volando a media altura, escapó por milímetros a los largos brazos del portero español y llegó triunfalmente a la red. Dos a dos. El empate estaba conseguido. Dominado por la emoción, el capitán uruguayo se tiró al piso y golpeó contra él, dándole repetidas veces con sus puños apretados. No, no fue el suyo un acto reflexivo o meditado. Fue una reacción instintiva, cargada de espontaneidad. La ansiedad, tanto tiempo contenida, encontraba en

Brasil en la hora de la verdad. Mario Américo, masajista, Moacir Barboza, Augusto de Costa, Juvenal Amarijo, José Bauer, Danilo Alvim, Adhemir de Menezes, Thomas Soares da Silva (Zizinho), Jair Rosa Pinto, Alvinho Friaça, Francisco Aramburo (Chico) y Joao Ferreira (Bigode).



DESARROLLO DEL CAMPEONATO

PRIMER GRUPO

Fecha	Localidad	Equipos	Resultado
24 junio 1950	Río de Janeiro	Brasil - México	4-0
25 junio	Bello Horizonte	Suiza - Yugoslavia	0-3
28 junio	San Pablo	Brasil - Suiza	2-2
29 junio	Porto Alegre	Yugoslavia - México	4-1
1.º julio	Río de Janeiro	Brasil - Yugoslavia	2-0
2 julio	Porto Alegre	Suiza - México	2-1

BRASIL

SEGUNDO GRUPO

25 junio 1950	Río de Janeiro	Inglaterra - Chile	2-0
25 junio	Curitiba	España - E.E. U.U.	3-1
29 junio	Río de Janeiro	España - Chile	2-0
29 junio	Bello Horizonte	E.E. U.U. - Inglaterra	1-0
2 julio	Río de Janeiro	España - Inglaterra	1-0
2 julio	Recife	Chile - E.E. U.U.	5-2

ESPAÑA

TERCER GRUPO

25 junio 1950	San Pablo	Italia - Suecia	2-3
29 junio	Curitiba	Suecia - Paraguay	2-2
2 julio	San Pablo	Italia - Paraguay	2-0

SUECIA

CUARTO GRUPO

2 julio 1950	Bello Horizonte	Uruguay - Bolivia	8-0	URUGUAY
--------------	-----------------	-------------------	-----	---------

RUEDA FINAL

9 julio 1950	Río de Janeiro	Suecia - Brasil	1-7
9 julio	San Pablo	España - Uruguay	2-2
13 julio	Río de Janeiro	Brasil - España	6-1
13 julio	San Pablo	Uruguay - Suecia	3-2
16 julio	San Pablo	Suecia - España	3-1
16 julio	Río de Janeiro	Uruguay - Brasil	2-1

Primero: URUGUAY. Segundo: BRASIL. Tercero: SUECIA. Cuarto: ESPAÑA

ese gesto poco común, su válvula de escape. Por un instante los aficionados pudieron ver que dos jugadores, Ramallets y Obdulio, estaban en el suelo. El español con las manos abiertas del vencido; el uruguayo con los puños cerrados del vencedor.

Después, muy poco más. En rigor, al persistir el dos a dos, nada más. ¿Es que acaso se podía esperar otra cosa? El gran gol de Obdulio había salvado a Uruguay, había llenado la tarde y había entrado en la historia.

DETALLES

Localidad: San Pablo.
Fecha: 9 de julio 1950.
Árbitro: Mr. Griffiths.

Uruguay (2). — Máspoli, Matías González, Tejera, J. C. González, O. Varela, Rodríguez Andrade, Ghiggia, J. Pérez, Miguez, Schiaffino y Vidal.

España (2). — Ramallets, Alonso, Gonzalvo II, Gonzalvo III, Parra, Puchades, Bassora, Igosa, Zarra, Molowny y Gainza.

Goles. — Primer tiempo: Ghiggia y Bassora (2).

Segundo tiempo: Obdulio Varela.

UN 3-2 ANGUSTIOSO SOBRE SUECIA

Los suecos, luego de la goleada sensacional que le infligieron los bra-

sileños, llegaron al partido contra Uruguay sin ningún favoritismo y prácticamente deshaciados por los entendidos.

Por supuesto, nadie llegó a hablar de una mera formalidad a cumplir por los profesionales de la casilla celeste, pero nadie dejó de pensar en un claro resultado a su favor.

Por primera vez Uruguay realizó, para este partido, cambios en su integración. Entró Aníbal Paz en sustitución de Roque G. Máspoli y Schubert Gambetta por Juan Carlos González. Unicamente este reemplazo tuvo un significado estratégico, pues estuvo encaminado a aumentar la eficacia defensiva del flanco derecho.

LOS CAMPEONES DEL MUNDO DE 1950: Obdulio Jacinto Varela, Juan López, director técnico, Eusebio Ramón Tejera, Romeo Vázquez, preparador físico, Carlos Abate, masajista, Schubert Gambetta, Matías González, Roque Gastón Máspoli, Víctor Rodríguez Andrade, Juan Kischberg, masajista, Alcides Edgardo Ghiggia, Julio Pérez, Oscar Omar Míguez, Juan Alberto Schiaffino, Rubén Morán y Ernesto Figoli, masajista. La historia de los campeonatos del Mundo no registra una hazaña similar a la proeza de Maracaná.

Toto TESTONI





Obdulio observa en silencio el banderín de la Confederación Brasileña que acaba de entregarle Augusto. La pelota y el juez inglés George Reader entre ellos.

y a darle una mayor proyección al ataque en las circunstancias propicias. En cuanto a los goleros, constituyó un intercambio amable de titulares.

Antes de que los actores tuvieran tiempo de entrar en calor, se pudo entrever que estos suecos de Pacaembú no eran los suecos de Maracaná. Ya no eran los jugadores ingenuos y confiados que, dejando jugar libremente a Brasil, habían pagado tan alto precio por su error.

De esta manera consiguieron controlarlos, en primer lugar; y, posteriormente, armar su propio ataque e irse, con decisión y vehemencia, sobre la valla del debutante Aníbal Paz. A los cinco minutos, cuando en cualquier partido —y mucho más en un partido por la Copa del Mundo— se está en los escarceos preliminares, ya los suecos se habían puesto en ganancia por gol de Palmer.

Hubo de ser Ghiggia, una vez más, quien como coronación de una de sus escapadas raudas y rectilineas, pusiera igualdad en la cifras —39—, abriendo nuevos horizontes de esperanza. Pero, en lo inmediato, fueron vanos su esfuerzo y su gol. Los suecos siguieron jugando con superior armonía y, como lógica consecuencia, Sundkvist señaló el segundo tanto cuando fenecía el periodo inicial.

Como había sucedido ante España, los orientales tuvieron que sufrir un intervalo de 2-1 en contra, la angustia oprimiéndoles el corazón y la voluntad de vencer siempre aflorando en cada espíritu.

Cuando retornaron hicieron variar radicalmente el panorama. Provocando un viraje de ciento ochenta grados, los dominados pasaron a ser dominadores. Los suecos, arrastran-

dos por la incontenible avalancha charra, retrasaron instintivamente sus líneas procurando conservar la ventaja. Adelante quedó aislado, como un navegar solitario del fútbol, el centrodelantero Jepsson. Con todo, la fortaleza escandinava resistió bravamente el impetu nuevo de los uruguayos, postergando el empate que, sin excepciones y con coraje ejemplar buscaron todos, lanzados hacia un objetivo que, por momentos, parecía humanamente imposible.

Recién sobre los 31 minutos, Julio Pérez, luego de hábil desplazamiento puso en juego a Ghiggia, que devolvió al interior. Este colocó la pelota en dirección a Míguez y el N° 9, sin detenerla, ejecutó fuerte volea que venció la resistencia de Svensson. Pero el empate no alcan-

zaba. La consigna era el triunfo, porque sólo por un triunfo se lucha tan tremadamente como los celestes habían luchado y estaban luchando. Cuando transcurrieron 41 minutos Obdulio Varela cumplió una pena elevando la pelota sobre el área penal de los suecos. Arremetió Míguez y, adelantándose a los zagueros, logró cachetejar hacia la derecha, marcando el tercero para Uruguay. El de la victoria. El de la victoria que parecía fácil y que la realidad del juego se había encargado de darle tonalidades dramáticas.

Cuando sonó el silbato consagrando el 3-2 definitivo, Julio Pérez se quitó la casaca y, apretándola fuerte contra su pecho, la besó con devoción profunda, como si besara un pedazo de cielo. Un periodista brasileño, que había observado esta actitud del interior uruguayo, cerró su crónica de la siguiente manera: "Julio Pérez no se contuvo. Sintió una emoción que él mismo no pudo describir después y su reacción fue sacarse la camisa y besárla. Gesto digno de recordar porque refleja, sobre todo, el esfuerzo de un profesional y su sentido de responsabilidad por los colores que viste".

DETALLES

Localidad: San Pablo.

Fecha: 13 de julio 1950.

Árbitro: Galeatti.

Uruguay (3). — Paz, Matías González, Tejera, Gambetta, O. Varela, Rodríguez Andrade, Ghiggia, J. Pérez, Míguez, Schiaffino y Vidal.

Suecia (2). — Svensson, Samuelsson, Erick Nilsson, Andersson, Johnson, Gaerd, Johansen, Melberg, Jepsson, Palmer y Sundkvist.

Goles. — Primer tiempo: Palmer, Ghiggia y Sundkvist.

Segundo tiempo: Míguez (2).

La fiera entereza celeste: un Matías sereno interpone piernas, tronco, brazos, tórax y cabeza a la entrada de Zizinho; el gesto del delantero es elocuente.



EL OSCAR PARA URUGUAY

Quienes veían en Uruguay un sentenciado a muerte, no estaban totalmente desasistidos de razón.

En rigor se había arribado a una situación claramente beneficiosa para Brasil que, ganando o igualando, sería el campeón. Uruguay, en cambio, tenía que vencer, necesariamente vencer. Además no había posibilidad de período suplementario y, mucho menos, de segundo partido. La competición mediante acumulación de puntos —fórmula Campeonato— tan ardientemente defendida por Brasil había funcionado a su favor, con lo que además de darle

en su raciocinio por una especie de éxtasis paradisiaco, llegaron a considerar a Uruguay como una mera formalidad impuesta por el fixture. Había que cumplirla y, cumplida que fuera, continuar aquel carnaval de invierno hasta caer de cansancio o morir de felicidad.

Los cuarenta y cinco minutos iniciales fueron disputados con ritmo intenso y vigoroso. Los jugadores uruguayos, poniendo al servicio de su causa coraje, decisión, fuerza e inteligencia, marcaron férreamente a los rivales, impidiendo que se divirtieran como lo habían hecho con los suecos y los españoles. Pero

a cero seguían siendo Campeones, ahora más que nunca porque, para dejar de serlo, Uruguay tendría que vulnerar dos veces la portería de Barboza.

Siguió avanzando hacia su término el formidable combate, más armoniosos y sensuales los brasileños; más agudos, energicos y acerados los orientales. No obstante, después de Friaça el grupo charrúa, apretando filas, había comenzado a romper el equilibrio volcando las acciones a su favor. Y como fruto de esta reacción, cuando promedia ba el período —veintidós minutos— Juan Alberto Schiaffino, recogien-

Con el imponente fondo del atestado Maracaná, Roque Gastón Máspoli echa al círculo tiro de Friaça. Llega Zinho, observan Matías y Gambetta. Un rato antes el gran jugador de Nacional dormía tranquilamente la siesta en el vestuario.



razón a quienes la habían preconizada lo ubicaba en una posición particularmente fortificada. En resumen, para Uruguay la empresa se presentaba punto menos que inabordable.

Planteadas así las cosas, a los brasileños les pareció atinado ir festejando el triunfo anticipadamente y a esa alegría se consagraron con la devoción y el entusiasmo que los definen y caracterizan. Debilitados y aún ausentes los frenos de la prudencia, el alma de todo el pueblo se embriagó de placer, levantando la Copa antes de tenerla en las manos. Más de doscientos mil fanáticos, con la íntima convicción de que iban a asistir a una réplica de los festivales anteriores, llenaron tempranamente los aros del Estadio Municipal. Grandes núcleos, velados

cuando se había jugado medio partido el tanteador seguía cerrado y este cero a cero significaba que los brasileños estaban siendo Campeones del Mundo.

Como no era el resultado de los pronósticos y tampoco el que querían los pupilos de Flavio Costa, cuando reingresaron al campo para realizar el período final, lo hicieron plenos de inspiración y fresco empuje. A los tres minutos el puntero Friaça, coronando un ataque fulmineo, abatió irremediablemente la ciudadela de Roque Gastón Máspoli. Aquello era el principio del fin y simultáneamente con las vibraciones del cemento palpitaron más de prisa los corazones anhelosos en todos los puntos cardinales del Brasil incommensurable. Con ese uno

do pase atrás de Ghiggia, emparejó las cifras con tiro corto y preciso. Hubo silencio de la muchedumbre bulliciosa. Hubo frío bajo el sol calcinante. Con todo, este uno a uno no era mortal y, humillante o no, era insuficiente para desplazar a Brasil de su privilegiado pedestal y seguía siendo Campeón del Mundo.

Los uruguayos, acicateados por la conquista y plenamente advertidos de que siempre es posible ir más allá, se lanzaron con resolución y lucidez en procura de otra red para su balón. Una y más veces cayeron sobre la valla brasileña y una y más veces fueron rechazados. Así fueron pasando los minutos, que a los brasileños se les antojó lentos; y parecían demasiado rápidos para los



Obdulio se hace de la pelota de espaldas a la cancha. Ademir trata de marcar, Friaca está arrodillado, Matías expectante, Chico caido entre Máspoli y Gambetta y llega Eusebio Tejera.

uruguayos. Transcurrieron cinco, diez y cuando se ingresó en el último cuarto de hora, aquel uno a uno, quieto e inalterado, seguía proclamando a los brasileños como a los nuevos Campeones del Mundo.

Faltando sólo diez para finalizar tomó la pelota Alcides Edgardo Ghiggia, dejó atrás a Bigode, invadió el área y disparó rasante contra el arco de Barboza. La pelota pasó ajustadamente entre el arquero y el poste izquierdo, logrando la red buscada. Así pasó Uruguay adelante. Al concretarse este gol, sobre los treinta y cinco minutos, ahora sí Brasil dejaba de ser Cam-

peón y era Uruguay quien comenzaba a serlo. Desde 1946, cuando por unanimidad se había impuesto en el Congreso de Luxemburgo, en ninguna de las etapas sucesivas había soportado Brasil una dificultad similar a la que le estaba creando, sobre el término de su marcha, este impacto triunfal del puntero charrúa.

No permitieron Máspoli, Matías González, Tejera, Gambetta, Obdulio Varela, Rodríguez Andrade, Ghiggia, Julio Pérez, Míguez, Schiaffino y Morán que el dos a uno fuera modificado y así fue como ellos —los desahuciados por la cá-

rrúa.

El remate de Ademir terminará en las manos de Máspoli. Rodríguez Andrade no llega en su estirada. Matías tampoco alcanza a intervenir. Seguimos cero a cero y lentamente la intranquilidad corroía a la gigantesca concurrencia.



PEDRO ESCARTIN: "URUGUAY JUGO LA W-M"

"Juan López, entrenador del equipo nacional de Uruguay, en declaraciones que tenemos ante nosotros, aclara la forma de situar sus hombres en el campo: los números 4 y 6, Gambetta y Rodríguez Andrade, marcan a los extremos; el 2, Matías González, es "defensa derecho" y trabaja sobre el centrodelantero; y los números 5 y 3, Obdulio Varela y Tejera, mediocentro y defensor izquierdo, vigilan al interior izquierdo y derecha, respectivamente".

"¿Qué es esto más que el punto de arranque y fundamento de la M defensiva? ¿No están los tres defensas y dos medios volantes? Pues a esto añadan ustedes que el magnífico Julio Pérez y el inquieto Schiaffino jugaban retrasados y de enlace con Obdulio Varela y Tejera, aquél más adelantado que éste, y verán que la suma de estos cuatro hombres les dará, ni más ni menos, que el famoso "cuadrado mágico" de la W-M, origen de todos los esquemas de ataque y defensa". (Del libro: Lo de Brasil fue así...)



Zizinho con la pelota busca a Ademir entre Rodriguez Andrade, Tejera y Matias. No pasará. Como tantas veces una formidable defensa uruguaya minaba la confianza del equipo rival.

tedra— se alzaron con el Oscar del fútbol que es la Copa "Jules Rimet".

"LOS URUGUAYOS NO LE TEMEN NI A DIOS NI AL DIABLO"

Mucho se ha escrito y se ha dicho sobre las causas —ocasionales y sustanciales— del inesperado desenlace de la IV Copa del Mundo. El fue, es y seguirá siendo analizado mientras el mundo sea mundo y, dentro de él, el fútbol su deporte número uno. Ni más ni menos como todavía se sigue profundizando en busca de una definitiva explicación sobre las circunstancias que en Waterloo —dismulemos las diferencias de matemática— pusieron fin a la carrera política y militar de Napoleón Bonaparte.

Importa insistir, aun a riesgo de parecer machacones, que Brasil tenía todo a su favor: el terreno que conocía, las voces adictas, el punto de ventaja y, a los cuarenta y ocho minutos, el gol de Friaca. ¿Por qué, entonces, ganó Uruguay? ¿Por qué cayó Brasil? Si no hubo milagro, ni casualidad, ni fatalismo... ¿qué pasó ese 16 de julio de 1950?

Acaso no sea necesario escribir largas cuartillas para explicar lo aparentemente inexplicable. Demostmando que la invencibilidad de Brasil era un mito, se habrá adelantado mucho en el camino de la verdad. Y esto no es difícil de comprobar. Brasil se había mostrado invulnerable e incontenible porque sus adversarios —Suecia y España en particular— se sintieron y estuvieron vencidos desde que pisaron los vestuarios, antes de pisar el cé-

ped. Impresionados anímicamente por la atmósfera dominante, por el prestigio del anfitrión, por la gritería abrumadora y por los fuegos de artificio de un circo futbolístico como nunca habían conocido ni imaginado, se debilitaron hasta agotarse sus fuentes espirituales y sus riquezas físicas y técnicas. En esas condiciones el once brasileño no había sido exigido y se había limitado a rematar, impiadosamente, a hombres que víctimas de sí mismos y resignados a su destino, llegaron al campo de juego con el mismo entusiasmo con que los condenados llegan al patíbulo.

La victoria uruguaya se fundamentó tanto en la seguridad que se tenía de las propias posibilidades como en la indiferencia de los futbolistas orientales ante los pergaminos del adversario. Hubo siempre en ellos un encogimiento de hombros frente a la marcha deportivamente cesarista de los brasileños. Esta era la tesitura psicológica de los jugadores que tutelaba Juan López. Por eso el juicio genérico de que "los uruguayos nunca le temieron ni a dios ni al diablo", aporta luz y claridad sobre lo que todavía muchos no han entendido y algunos se resisten a reconocer.

Matías González aplicará potente rechazo, mientras Zizinho trata de esquivar el pelotazo.





A los 3' del segundo tiempo Brasil tenía un gol. Obdulio discutió el tanto por supuesto offside y llenó de incertidumbre el recinto. Cuando movieron, los cohetes y la gritería estaba acallada. Tal vez en ese golpe psicológico comenzó el alud celeste. Vino el centro de Ghiggia y aquí el gran Schiaffino empalma un difícil boleo, ante la amenazadora marcación de Danilo.

Por consiguiente, constituye un error atribuirle al resultado un contenido milagroso o justificarlo refugiándose en la cómoda muletilla de la buena suerte. Simplemente fue

una batalla futbolística en que Brasil, por primera vez, debió enfrentar hombres que no le temían, hombres intactos en su voluntad y en su conciencia. Porque sabían que ayu-

La pelota magistralmente impulsada por Juan Alberto Schiaffino va a golpear la red de Barboza, cuyo manotazo estéril se pierde en el aire. Iban 22' y quedábamos empatados. Con todo, este uno a uno, aunque "humillante", no quitaba el título de Campeón del Mundo a Brasil. Pero ya había frío bajo el sol caliente de Río.

dándose a sí mismos el destino los ayudaría, Obdulio y su clan pensaron y planificaron en la víspera, antes de saltar a la arena. Y, luego sobre ella, poniendo clase, corazón y mente, realizaron su fútbol, modificándolo inteligentemente según lo fue aconsejando la dinámica cambiante de la pelea trascendente.

De esta forma, sin intervención divina, pero si conformando un logro humano fuera de lo corriente, los representantes de la República Oriental del Uruguay consiguieronizar nuestra enseña, ante un mundo boquiabierto de asombro, en un más-tíl que no la esperaba.

DETALLES

Localidad: Río de Janeiro.

Fecha: 16 de julio de 1950.

Árbitro: George Reader.

Uruguay (2). Roque Gastón Máspoli, Matías González, Eusebio Tejera, Schubert Gambetta, Obdulio Varela, Victor Rodríguez Andrade, Alcides Edgardo Ghiggia, Julio Pérez, Oscar Míguez, Juan Alberto Schiaffino y Rubén Morán.

Brasil (1). Moacir Barboza, Augusto da Costa, Juvenal Amarijo, José Bauer, Danilo Alvim, Joao Ferreira (Bigode), Alvino Friaça, Thomas Soares da Silva (Zizinho), Adhemir de Menezes, Jair Rosa Pinto y Francisco Aramburu (Chico).

Goles: Segundo tiempo. 3' Friaça. 22' Juan Alberto Schiaffino y 34' Alcides Edgardo Ghiggia.



GHIGGIA: OBDULIO FUE UNA COSA BARBARA

"El partido era fácil, pero el gol no se me daba. Sabe, esas cosas del fútbol. Los bolivianos estaban para cualquier cosa, pero yo no mojaba. Y ya pensaba en las cachadas cuando a los 83', un back se la dio corta al arquero y convertí con el arco libre."

Fue el octavo gol uruguayo en el debut contra Bolivia; después, Alcides Edgardo Ghiggia haría sensación en el Torneo, sembrando pánico por la extrema derecha y anotando un gol también contra Suecia, España y Brasil. "Con Bolivia se jugó en Belo Horizonte, una ciudad nueva, con una cancha regular, de poca capacidad y vestuarios malos, indignos de un Campeonato Mundial."

"El partido más bravo fue contra Suecia. Muy buen equipo, que jugaba de contragolpe, con muy buenos delanteros (casi todos jugaron en Italia después). Nosotros empezamos bien, pero nunca vi errar tantos goles. Yo empaté con un tiro de afuera del área; me dejaron venir y tiré fuerte y alto. Después ellos hicieron otro y nosotros atacábamos pero el arquero atajaba mucho (Svensson), tenían mucha gente atrás y encima había que cuidarles el contragolpe, muy peligroso. Al final, dos goles de Miguez nos dieron el partido. Siempre jugamos con un entusiasmo bárbaro y haciendo caso de las indicaciones de los de más experiencia (Roque, Obdulio), que siempre nos alentaron (si las cosas no nos salían: 'vamos, que la próxima sale')."

"Después vino el partido con España. ¡Qué partido raro! Era un buen equipo, fuerte. Empezamos jugando muy bien, ganando con un gol mío, bastante parecido al de la final. Fue una pared con Julio Pérez, me la tiró larga, me cerré y tiré cruzado. Esa jugada la hacíamos siempre; ya la habíamos ensayado en las prácticas. Yo la iba a buscar atrás, se la tocaba y él me la devolvía larga. Porque mi arma era la velocidad. Lo mismo hacia con Hohberg en Peñarol. Schiaffino y Vidal también hacían la jugada en la izquierda. Miguez era otro que sabía usar mi velocidad; con él nos conocíamos desde antes de jugar en Peñarol. En Sud América, yo jugaba de 9 y él de 7. Después nos cambiaron de puesto. Cuando yo tiraba el centro atrás, sabía que él entraba. Y cómo le pegaba con las dos. Nunca vi un jugador igual. Un poco caprichoso, pero hacia goles que usted no sabía cómo los había hecho..."

"Bueno, ellos hicieron dos goles casi seguidos y la cosa se complicó. Entraron a cuidarse atrás, los minutos pasaban y no podíamos empatar. El arquero, Ramallets, atajó una barbaridad. Yo me iba siempre, pero la pelota no entraba. El back y el half de mi lado se peleaban, porque yo me tiraba atrás y cuando me la tiraba larga, el half le gritaba al back que era de él. Y el back

le decía que no. Por suerte el gol de Obdulio arregló las cosas. Fue un balaço."

"En el segundo tiempo, lloviznó y refrescó. Yo creo que ahí fue que se enfermó Juan Carlos González, que era el titular. Por eso entró Gambetta, gran jugador también, pero Juan Carlos González andaba muy bien."

Y llegan los días previos a la final con Brasil, con Tejera entrenando mañana y tarde, como durante todo el Campeonato, para bajar los kilos de más que tenía.

"En Río parábamos en el Hotel Paysandú. Río era un carnaval. Habían hecho todo para ganar el Campeonato;

el equipo era una bala y todos decían que nos harían 4 goles. Era una guerra de nervios organizada. Mire, el basurero que pasaba todas las mañanas, nos hacía señas con la mano de que nos hacían 4. Nosotros, nada. A la mañana siguiente de la final, le habíamos colgado en la ventana una camiseta celeste y un letrero. No pasó".

"Tan organizada estaba la guerra de nervios que la noche antes del partido, algunos periodistas fueron al Hotel a hacer reportajes y me acuerdo que a Máspoli, al manejar el grabador, le dejaron oír goles de Brasil en cinta. Lo peor fue que algunos dirigentes se sugestionaron y llegaron a decirle a Miguez que si



El histórico gol de Alcides Edgardo Ghiggia. "Hicimos el 2-1 con Julio Pérez y me fui derecho al arco, con poco ángulo. Cuando el back me salía a cruzar y Barboza se abría para cortar el centro, tiré al arco y entró", rememora veinte años después. Faltaban 11'.

nos hacían 4 goles estábamos cumplidos. Otro problema era que Vidal se había lesionado un hombro pero igual quería jugar."

"El día del partido fuimos mucho antes al Estadio. Los vestuarios eran una cosa bárbara y nos tiramos a descansar hasta la hora de cambiarnos en unas colchonetas. Gambetta se durmió y hubo que despertarlo. Cuando salió Brasil a la cancha la gritería y el ruido parecían mentira. Cohetes, bombas; Maracaná se caía de gente. Soltaron globos que decían: Brasil campeón y Brasil 4 goles. Nosotros, cantamos el himno uruguayo cuando lo tocaron".

"Siempre se reunía Juancito López con el preparador físico Vázquez y el Dr. Pedemonte para resolver sobre la salud de los jugadores. Después había una reunión con el plantel, donde hablaban, Juancito, Obdulio y Roque principalmente. Para este partido se resolvieron aguantarlos al principio y sólo después ir arriesgando, si se podía. Jugamos fuerte pero yendo a la pelota. Me acuerdo de que una vez Matías rechazó con Ademir y todo. Gambetta jugaba un partido aparte con Chico, un puntero muy malintencionado. El contragolpe nos salía bastante bien, pegó un tiro de Miguez en el palo, Morán erró un



Barboza está caido y la pelota dentro del arco. La suerte está sellada por el frío coraje de los celestes "que no temen ni a dios ni al diablo", al decir de un periodista francés.

gol... Y a ellos sólo los dejábamos patear de lejos".

"Obdulio fue una cosa bárbara. Al empezar el partido, yo enfrenté dos veces a Bigode, me hamaqué y me fui. A la tercera, se me tiró fuerte con los dos pies. Entonces Obdulio se acercó, lo agarró y le hizo señas de jojo!. Cuando la agarró Bigode, Obdulio lo cruzó fuerte y siguió. Nunca más se me tiró mal.

Primer tiempo cero a cero. Pero al empezar el segundo, gol de Friaça. Y ahí la gran viveza de Obdulio, de protestar y enfriar, porque Maracaná se venía abajo y si nos agarraban mareados con tanto barullo capaz que nos hacían varios más. Ahora ya no había más remedio que atacar. Quedaban siempre Matías, Tejera y Rodríguez Andrade en el fondo, por el contragolpe de ellos. Hasta que Obdulio me pasó una pelota larga, yo tranqué a Bigode, me la llevé, centreé atrás y el Pepe clavó un boleo difícilísimo. Ellos se asustaron y se quedaron. Nosotros apretamos. Hicimos el 2-1 con Julio Pérez y me fui derecho al arco con poco ángulo. Cuando un back me salía a cruzar y Barboza se abría para cortar el centro, tiré al arco y entró."

"Ahí ellos se despertaron y empezaron a atacar de nuevo. Nunca vi minutos más largos. Le preguntaba la hora a Juancito y siempre faltaba lo mismo. El susto más grande lo llevé en el último corner, cuando Gambetta la agarró con las dos manos. Yo no había oido el pitazo final del juez".

"Esperamos en la cancha y no entramos nunca a darnos la Copa. Entonces Obdulio dijo: 'Vámonos, total... con

Copa o sin Copa los Campeones somos nosotros'. Al final, la recibimos y dimos la vuelta olímpica. Nos aplaudieron. Cuando llegué al vestuario, guardé bien el equipo, no sea cosa que me lo robaran, y me bañé en silencio, mientras todos festejaban. Es que uno era joven

y todavía no tenía conciencia de lo que era la gloria, de las páginas de la historia que estábamos escribiendo. Recién ahora me estoy empezando a dar cuenta de lo que fue aquello".

Versión de R. B.

Los minutos finales que paralizaron la vida de dos pueblos. Los intentos brasileños carecen de resolución y serenidad. Máspoli se eleva y echa al corner un centro de Friaça, solo en su área.



MIGUEZ: NUNCA VI UN PUNTERO COMO GHIGGIA

"A los bolivianos los engañamos con que el equipo uruguayo era el mismo que había perdido con ellos en el Sudamericano del 49. Ese equipo era un rejuntado de cuando la huelga de jugadores. Se lo creyeron".

Así empieza a contar el Mundial del 50 Oscar Omar Miguez, goleador uruguayo en el Campeonato (5 goles), el fornidable número 9 de las selecciones uruguayas desde 1948 hasta 1958.

"Por eso fue que se vinieron con todo al principio y la pasamos bastante mal. Menos mal que Roque atajó 2 ó 3 pelotas, si no... A los 18 ó 20 minutos yo hice el primero y después se hizo fácil. Mire, con ese patrón nomás, yo podría haber sido el goleador del

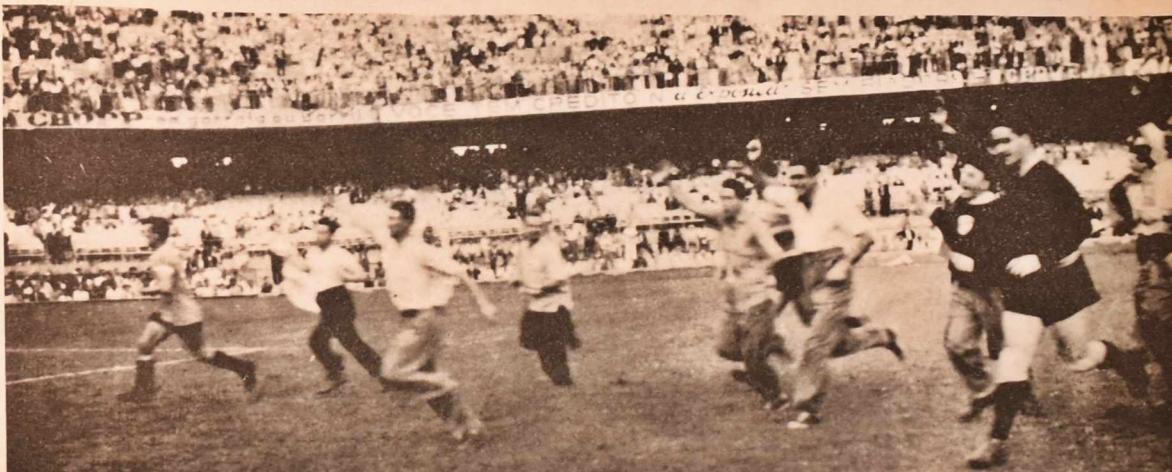
Ghiggia que Svensson no pudo retener, agarré el rechazo y tiré cruzado".

"El partido con España fue más difícil todavía. Ellos tenían un cuadro bárbaro. Yo creo que nunca tuvieron uno así. Un arquerazo, Ramallets, dos buenos halves; y adelante los punteros Basore (que nos hizo los dos goles) y Gainza eran unos fenómenos. El 9, Zarra, también era muy bueno. Lo que los mató a ellos contra Brasil, que les hizo 6 ó 7, fue el gritorio y los cohetes. Me decía Zarra que todo ese ruido y ese gritorio los hacía acordar a la guerra y que jugaban asustados, con ese recuerdo presente. A nosotros, en cambio, no nos afectó para nada. Se jugó tranquilo."

perdiendo."

"¿Por qué nos iban a ganar? ¿Quiénes eran? Nosotros nos teníamos confianza; si Vd. entra sugestionado es peor. Hay que entrar a la cancha pensando lo que nos decía Hugo Bagnulo: 'Omar, mirá qué cara de bobo tiene el arquero ése, ¿cómo no le vas a hacer dos goles?' Y era verdad. Por eso yo le dije a Juan (López) antes del partido: 'Estés tranquilo, Juan, que para mí es un partido cualquiera. Yo lo voy a jugar igual que los otros'.

"Pero algunos dirigentes no pensaban lo mismo. Algunos se vinieron antes. Los dirigentes son unos vivos; si pierden, echan al técnico o culpan a los jugadores. Si ganan, ellos son los pri-



Terminó el partido y siguió el desconcierto más absoluto. El presidente de la FIFA no aparecía con la estatuilla de oro. "Vámonos; con Copa o sin Copa somos los Campeones del Mundo", decía Obdulio. Acá dan la vuelta olímpica ante la consternación general.

Campeonato. Ademir me ganó por dos goles y yo hubo varios que no quise hacer para que Edgardo hiciera alguno. Si él lo hace antes, a lo mejor el goleador era yo".

"Por eso le digo, acordándose de esos primeros minutos contra Bolivia, que nunca hay que dar ventajas; si un equipo está entre los 16 clasificados, es bueno. Acuérdese de lo que pasó con Corea en Londres... Así que no despreciamos a Israel".

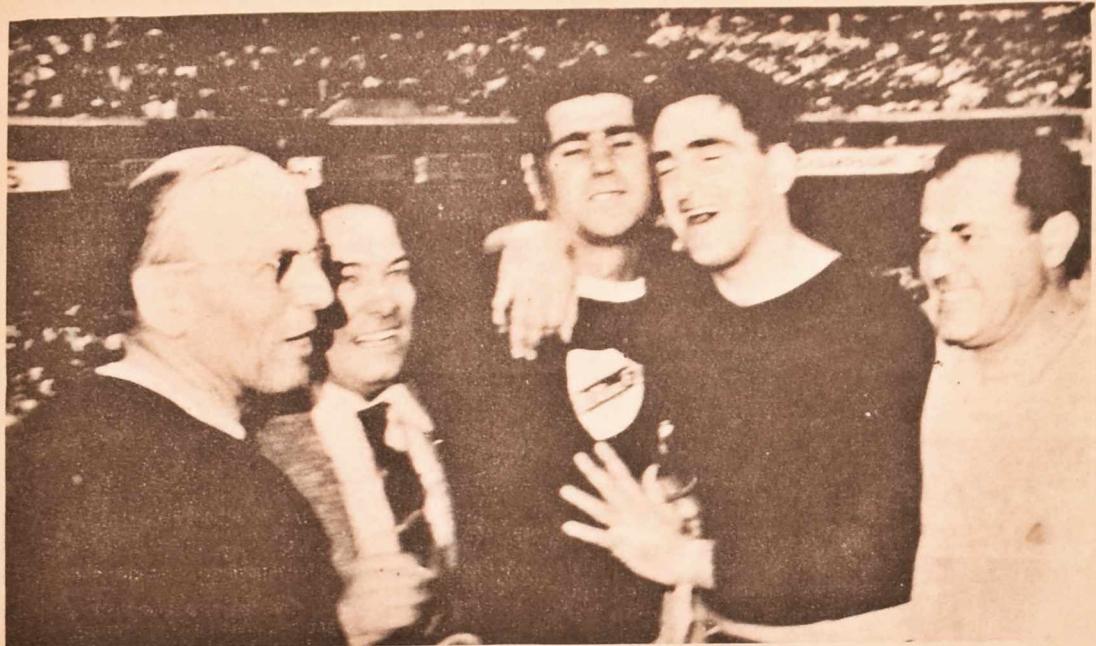
"Vino el partido con Suecia. Jugó Paz porque Máspoli andaba medio enfermo. Buen equipo el sueco, con fuerza y técnica; un contragolpe peligroso. Ibamos perdiendo 2 a 1 y por suerte hice 2 goles goles al final. El primero fue un centro de Vidal; saltaron el arquero y Schiaffino. La pelota se elevó, yo agarré el rebote y lo hice de cabeza. El otro fue un tiro de

"Como le decía, ese partido fue bravo. El arquero atajaba cualquier pelota. Por ahí Julio Pérez me metió una pelota larga y yo entré con todo contra el arquero. Las cosas que me gritaban los gallegos. Y... ¿qué le va a hacer? El partido había que salvarlo. Suerte que Obdulio embocó ese balazo de 40 metros, que fue fuerte, sí, pero Ramallets estaba dolorido y no se pudo tirar. El que fue un gozalo fue el del 54 contra Inglaterra. La pelota quedó enroscada en la red y Obdulio se desgarró al gritar el gol".

"Y llegó el partido con Brasil, el equipo más completo del Campeonato. Pero ellos tenían mucho que perder y nosotros nada. Total si perdiéramos no pasaba nada. Todos decían que nos goleaban. Además, ya los conocíamos de la Copa Rio Branco, que habíamos jugado unos meses antes, ganando y

meros en bajar del avión, sonrientes. Mire, la mañana del partido, le dije a 'Cacharpa' Pérez que me iba a cortar el pelo y él me dijo que me acompañaba. Vinieron también Roque y el dirigente Jacobo. En la peluquería, ¿sabe lo que me dijo Jacobo? Y tengo a 'Cacharpa' y a Roque de testigos: 'Miguez, si les hacen 3 estamos cumplidos'. ¡Linda manera de alejarnos! Menos mal que Roque le contestó que si a él le hacían uno, ganábamos igual porque Uruguay hacía dos goles por lo menos".

"Estábamos en el túnel y Obdulio nos dijo: 'Este partido no se puede perder. Pero hay que correr. Y no quiero a nadie acá atrás'. Cómo íbamos a perder con esos jugadores. La tranquilidad que daba Roque en el arco. Y Matías, que al empezar le pegó un trancazo a Ademir que casi lo tira por arriba del arco. Y contra España, cuando estábá-



Juan López recibe el emocionado abrazo de reconocimiento de Roque Gastón Máspoli. Once hombres habían vencido a doscientos mil.

JULES RIMET: "NI HIMNO, NI DISCURSO, NI SOLEMNIDAD"

(Del libro: "L'histoire merveilleuse de la Coupe du Monde").

"Finalizado el torneo, yo debía entregar la Copa al capitán del equipo vencedor. Como los brasileños habían vivido hasta el último cuarto de hora la ilusión de una victoria que no podía escapárseles, habían previsto para aquel momento una grandiosa ceremonia. Una vistosa guardia de honor formaría desde la entrada al terreno de juego hasta el centro del campo, en donde estaría alineado el equipo vencedor, el de Brasil, naturalmente. Después que el público hubiese oido, de pie, el himno nacional, yo procedería a la solemne entrega del trofeo".

"Automáticamente no hubo ya ni guardia de honor, ni himno nacional, ni discurso ante el micrófono, ni entrega solemne del trofeo... Me hallé solo en medio de la multitud, empujado por todos los costados, con la Copa en mis brazos, sin saber qué hacer. Terminé por descubrir al capitán uruguayo, y le entregué, casi a escondidas, la Copa, estrechándole la mano, sin poderle decir una palabra".

"Luego, la confusión remitió. La muchedumbre se fue marchando lentamente, como si saliera de una necrópolis. Federativos y jugadores brasileños felicitaron a sus vencedores con una cortesía triste y cordial a la vez".

mos 2 a 2 entró solo Bassora y Matías le trabó el tiro en el piso con la cabeza. Con Obdulio; ¡Obdulio era todo! Si todavía los jugadores van a pedirle consejos... Lo que hizo después del gol de Friaga fue algo bárbaro. Si nos agarran medio mareados, capaz que nos pintan la cara".

"Ghiggia fue sensacional. Yo nunca vi un puntero así. Y Julio Pérez era un motor. Cómo marcaba y cómo corría. El Pepe, qué gol que hizo. Metió un boleo de cachetada, difícilísimo.

Al principio jugamos de contragolpe. Yo pegué un tiro en el palo y Schiaffino y Morán erraron dos goles. Menos mal, que si no, quién sabe si salíamos vivos..."

"Cuando el gol de Ghiggia, yo venía de atrás, pidiéndosela. A lo mejor fue por eso que Barboza se abrió un poco. Pero no sé cómo se le ocurrió patear. Yo se lo dije después del gol. Pero él me contestó: 'dejala, que está bien allá adentro'. Y tenía razón".

"Es que ese campeonato venía bien barajado. Quedamos solos con Bolivia en la serie; después, dimos vuelta todos los partidos. Ese Campeonato no se perdía. Si en la final, Roque jugaba de centroforward, capaz que hacia 3 goles y si yo jugaba de arquero atajaba 2 penales".

Versión de R. B.



EL PROXIMO JUEVES APARECE

LOS ARQUEROS

CESAR L. GALLARDO

De nuevo nuestra colección se enriquece con el aporte de César L. Gallardo, esta vez analizando un puesto particularísimo dentro del equipo: el del arquero. Su visión, desde Crossley a Mazurkiewicz, es tan interesante como erudita.

PLAN DE LA COLECCION

1. LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO.
Franklin Morales.
2. LOS CAUDILLOS.
Carlos Soto.
3. EL FÚTBOL DEL 12.
César L. Gallardo.
4. HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL.
Dionisio A. Vera (Davy).
5. URUGUAYOS Y ARGENTINOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
6. HISTORIA DE LOS CLÁSICOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
7. 1924: COLOMBES.
Carlos Manini Ríos.
8. GOLES Y GOLEADORES.
Ricardo Lombardo.
9. HISTORIA DEL CLUB ATLÉTICO PEÑAROL.
Ulises Badano.
10. LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
11. 1928: AMSTERDAM.
Julio Bayce.
12. LOS MAESTROS.
César L. Gallardo y otros.
13. EL MUNDIAL DEL 30.
Carlos Martínez Moreno.
14. HECHOS Y ACTORES DEL PROFESIONALISMO.
Carlos Loedel.
15. LA COPA URUGUAYA.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
16. EL NACIONAL DEL 40.
Raúl Blengio Brito.

17. LOS CAMPEONATOS SUDAMERICANOS.
Carlos Loedel.
18. 1950: MARACANÁ.
Nilo J. Suburú.
19. LOS ARQUEROS.
César L. Gallardo.
20. LOS EMIGRANTES.
Carlos Lorenzo.
21. PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
Sergio Decaux.
22. EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
Juan Carlos Fernández Arbeoiz.
23. LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS DE JUEGO.
Rafael Bayce.
24. LA GARRA CELESTE.
Alberto Silvio Montaño.
25. EL CUADRO IDEAL DE TODOS LOS TIEMPOS.
26. LA COPA DEL MUNDO.
27. MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPÍTULO DEL FÚTBOL MÁS GLORIOSO CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

EJEMPLAR
DE
COLECCION